

ÍNDICE

Autores	7
Prólogo. <i>Francisco José Dacoba Cerviño</i>	11
Introducción. <i>Alberto Bueno, Guillem Colom-Piella</i>	13
1. Ante la transformación de la guerra: el aporte sustantivo de los estudios estratégicos. <i>Alberto Bueno</i>	19
2. El pensamiento estratégico en la época contemporánea. <i>Alberto Guerrero Martín</i>	39
3. Carrera de armamentos: el futuro de un concepto complejo. <i>Beatriz Cózar-Murillo, Christian D. Villanueva López</i>	57
4. Innovaciones militares y revoluciones en los asuntos militares. <i>Guillem Colom-Piella, Rocío Vales Calderón</i>	75
5. Guerra electrónica: tendencias e implicaciones en la evolución del pensamiento estratégico. <i>Cristina Marzal Ruano</i>	95
6. La ciberguerra: conceptualización e implicaciones estratégicas. <i>Javier Miguel-Gil</i>	113
7. Combate urbano: retos del presente y lecciones olvidadas. <i>José Francisco Román García</i>	133
8. Las claves de los actores insurgentes en el siglo XXI. <i>Yago Rodríguez</i>	151
9. El soldado y el estado: una aproximación desde la óptica del siglo XXI. <i>Samuel Morales Morales</i>	171
10. La ética militar en la estrategia del siglo XXI. <i>Juan Antonio Moliner González</i>	195

ANTE LA TRANSFORMACIÓN DE LA GUERRA: EL APORTE SUSTANTIVO DE LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

FACING THE TRANSFORMATION OF WAR: THE SUBSTANTIVE CONTRIBUTION OF STRATEGIC STUDIES

Alberto Bueno

RESUMEN: Las transformaciones en el modo de librar la guerra demandan una especialización que contribuya a su comprensión científica y, así, relevancia pública. Los Estudios Estratégicos, como campo que investiga el empleo de la fuerza y la conexión entre las esferas militar y política, ofrecen un marco analítico y teórico enriquecedor; ya de larga tradición en los estudios internacionales de seguridad, pero de menor consolidación en la academia española. Por tanto, para un debate analítico riguroso, este capítulo introduce los fundamentos ontológicos y epistemológicos de los estudios de la estrategia, presenta la evolución del campo desde el concepto de seguridad y discute sus asuntos de interés.

PALABRAS CLAVE: Estudios Estratégicos, estrategia, guerra, realismo, seguridad.

1. LA EXIGENCIA INTELECTUAL DE LA GUERRA

Los denominados Estudios Estratégicos constituyen un ámbito de conocimiento cuyo objeto se centra en el estudio de la estrategia en cuanto que articulación del empleo de la fuerza militar (o la amenaza de su uso) por parte de un actor para alcanzar unos objetivos políticos frente a otro actor en competencia. En consecuencia, dicho saber se focaliza en el conflicto armado, la política militar y de defensa de los Estados o la tecnología militar. A mayor ahondamiento, los Estudios Estratégicos se interrogan por la naturaleza misma de la guerra y sus potenciales transformaciones a lo largo del tiempo y los teatros bélicos.

Por tanto, son un área de conocimiento relevante tanto para la toma de decisiones en las políticas públicas de defensa, como para la generación de un debate social informado como en definitiva, la propia indagación científica. Así, su progreso está condicionado por la conformación y retroalimentación de una comunidad de «estrategas», «intelectuales de la defensa» o «teóricos de la estrategia», en palabras de Colin S. Gray (1982, 5), repartidos entre universidades, think-tanks, instituciones castrenses y otras administraciones públicas. Esta característica refuerza la potencial doble orientación de su investigación tanto hacia la sociedad como hacia la propia academia.

Sin embargo, los Estudios Estratégicos han experimentado claroscuros en su evolución: por un lado, han disfrutado de décadas de avance, percibiéndose incluso como una disciplina «privilegiada» —en cuanto que habrían gozado de un espacio preponderante en la academia, en términos institucionales y de vigor teórico, luego de recursos— (Buzan y Hansen, 2009); por otro, han sufrido épocas de fuertes críticas desde otros subcampos de los Estudios de Seguridad Internacional u otras disciplinas debido al rechazo a su objeto de estudio, a su enfoque confundido de *realpolitik* o a las transformaciones experimentadas por la política internacional que parecían menoscabar su aporte genuino (Bueno, 2018). En el caso de la academia española, se aprecian particulares problemas, subrayados en la Introducción de este libro, que han detraído de un desarrollo tan profuso como en otras países.

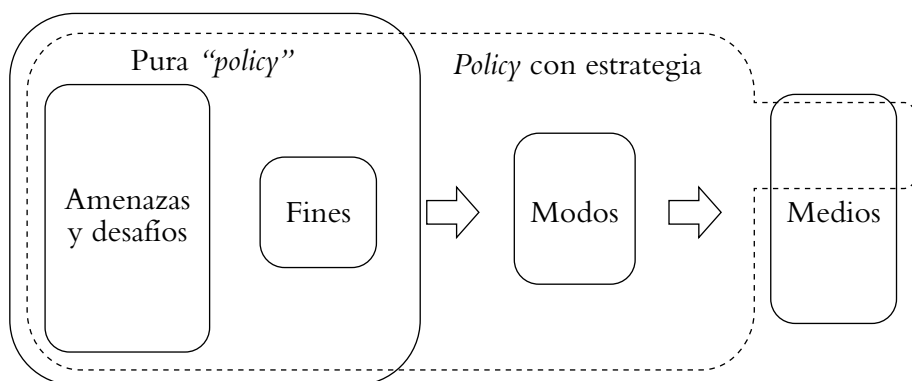
No obstante, diversos fenómenos sirven de acicate para el análisis riguroso de las políticas militares y de defensa, para la obligada reflexión doctrinal, operacional, estratégica y política: el cambio en el escenario internacional experimentado en la última década, dada la renovada competición entre grandes potencias y el papel de otras potencias medias (Tovar, 2021) y el peligro de un conflicto entre ellas (Kroenig, 2022), así como la transformación de la propia guerra, la tecnología y la concepción de las estrategias y doctrinas, con una reflexión profunda sobre los tipos futuros de los conflictos bélicos (Baqués, 2021; Pulido, 2021; Ruiz Arévalo, 2022). Así, la potencialidad de los Estudios Estratégicos para explicar algunos de las profundas transformaciones que están experimentando los conflictos y el orden internacional han vuelto a revitalizarlos. Por tanto, este capítulo se propone tres objetivos: presentar la estrategia como idea constituyente, explicar la evolución de los Estudios en diálogo con el concepto de seguridad, así como discutir los asuntos de su interés como concreción de su objeto y enfoque de estudio.

2. EL ESTUDIO DE LA ESTRATEGIA Y SU ENFOQUE HACIA LA GUERRA

En la aspiración de los Estudios Estratégicos por analizar de un modo científico la estrategia, ésta es concebida como un concepto original entre la dirección y ejecución de las operaciones bélicas, y los propósitos últimos —es decir, los fines políticos—, de la utilización de la fuerza —militar— organizada. Esta formulación clásica implica que la estrategia ha ido alejándose progresivamente del dominio exclusivo de la esfera castrense para situarse más próxima al nivel político. Por ello, la fortaleza de la literatura de los Estudios Estratégicos reside no solo en el análisis del comportamiento de actores políticos en contextos competitivos (Jordán, 2022), sino en el reconocimiento de que el poder militar es un instrumento al servicio de la política (Baylis & Wirtz, 2018).

En consecuencia, otro concepto central para la estrategia es el de poder, entendido como capacidad coercitiva (Freedman, 2008). Dada su preocupación ontológica por el impacto político del recurso a la violencia armada, los Estudios Estratégicos relacionan el modo de hacer la guerra (*warfare*) con el arte de gobernar (*statecraft*) (Heuser, 2018, 1). Por ello, la reflexión estratégica se interroga por toda la cadena de elementos que vinculan ambas ideas, ambas esferas decisionales. De esta forma surge la tesis más completa y aceptada por esta escuela acerca de qué es la estrategia: la articulación de los objetivos políticos establecidos (fines), con la elección de los modos estratégicos adecuados, junto con los medios (militares) disponibles (Chipman, 1992; Heuser, 2010; Duyvesteyn, 2013; Duyvesteyn & Michaels, 2015; Gray, 2015).

Por ello, la estrategia vincula lo civil y lo militar (Duyvesteyn, 2013, 4), en un espacio compartido entre quienes conducen las operaciones en la guerra y quienes la dirigen en el nivel político. Taylor (2018) dibuja su posición entre ambos dominios, es decir, la interrelación entre políticas y estrategia (Figura 1): desde el ámbito de las políticas públicas y en pura lógica con la definición anterior, se parte de la problematización de las amenazas y desafíos para la defensa y, así, el establecimiento de sus objetivos, a través del estudio de las vías para conseguirlo —donde, en efecto, la estrategia preside la reflexión, sirviendo de puente entre el nivel puramente político y el militar—, hasta el examen de los medios disponibles. Conforme se avanza en esta cadena lógica, mayor protagonismo del *expertise* técnicamente militar, y viceversa.



Fuente: Taylor (2018, 6).

Figura 1. Los dominios de las políticas públicas y la estrategia.

En definitiva, los estrategas se interrogan acerca de las implicaciones de la cadena estratégica compuesta por medios, modos y fines. Vennesson (2017, 378) concreta esta singularidad cuando asevera que:

... la teoría estratégica ofrece una concepción distintiva de la naturaleza la política internacional y, más específicamente, una teoría de la acción política en las relaciones internacionales.

Si bien, el concepto de estrategia supera el marco «nacional» estatal para referirse a cualquier actor que haga uso de la fuerza violenta para la prosecución de sus objetivos políticos. Por ende, los actores no estatales también son objeto de investigación, aunque ciertamente hayan sido soslayados en buena medida por la literatura estratégica clásica en pro de otras cuestiones como el poder nuclear.

Así, el fin político marca el racionalismo del objetivo, puesto que determina y limita la finalidad bélica. Esto dota de plena lógica al célebre aforismo *clauswitziano* pues, lejos de dar rienda suelta al propósito bélico, como sus detractores malinterpretan, tamiza la voluntad del gobernante. Por ello, la búsqueda de los eventuales principios de la guerra por parte de los estrategas tiene que ver con el propósito de estructurar un pensamiento estratégico racional. La racionalidad del planteamiento crea un proceso de continuo ajuste y reconsideración frente a las cambiantes circunstancias y condiciones de los escenarios (Murray, 1999; Strachan, 2006).

Consecuencia de estas ideas es la asunción de que la estrategia no solo tiene sentido durante el conflicto bélico, sino que su reflexión es sobre todo propia de los tiempos de paz (Mahnken, 2003; Heuser, 2010). En esta línea, los Estudios Estratégicos comparten con los Estudios de la Guerra el *motto* latino «*si vis pacem, intellege bellum*» (Schmitt, 2018, 20). Esta idea concreta una fuerte posición epistemológica que desborda los estrechos márgenes del determinismo tecnológico-militar en los que el estudio de la estrategia ha querido ser constreñido desde algunas corrientes de pensamiento o, incluso, dada la propia predilección de los estrategas. De hecho, lo difícil en la definición de la estrategia puede ser determinar sus límites con la política (Strachan, 2005, 36).

Académicos como Beatrice Heuser (2018) o Colin S. Gray (1999) han diseccionado las dimensiones de la estrategia, ofreciendo una rica perspectiva sobre las áreas del pensamiento estratégico (Tabla 1). Mientras que la primera se centra estrictamente en el proceso de formulación de la política durante toda esa cadena de planeamiento, el segundo lo extiende a otros condicionantes sociales, culturales, ideológicos, etc. integrados en tres subdimensiones, que la afectan; Gray observa la lógica estratégica del fenómeno bélico —la guerra— en un sentido más extenso.

Tabla 1. Las dimensiones de la estrategia

Beatrice Heuser	Colin S. Gray	
• Identificación de objetivos. • Planificación. • Toma de decisiones. • Priorización de tareas. • Elección entre diferentes modos de conducir la guerra. • Asignación de recursos. • Consulta y explicación de las determinaciones.	Pueblo y política: • Pueblo. • Sociedad. • Cultura. • Política (<i>politics</i>). • Ética. Guerra (<i>war proper</i>): • Operaciones militares. • Mando político y militar. • Geografía. • Fricción. • Adversario. • Tiempo.	Preparación para la guerra: • Economía y logística. • Organización —planificación de defensa y fuerza—. • Administración militar. • Información e inteligencia. • Teoría estratégica y doctrina. • Tecnología.

Fuente: Elaboración propia.

Un último punto muy relevante para los Estudios Estratégicos es su orientación por informar las políticas públicas, lo que explica la interrelación entre ideas, acontecimientos y políticas públicas (Gray, 1982). En esta pretendida iteración entre teoría y práctica, los Estudios Estratégicos han encontrado su carácter pragmático (Baylis & Wirtz, 2018, 2), que también ha sido causa de esa multiplicidad de dimensiones de la estrategia. Este rasgo ha comportado que, en muchos casos, los trabajos en este ámbito tengan una mayor impronta analítica, muy orientada a la toma de decisiones, antes que puramente científica; asimismo, que centros fuera de la academia —o, dentro de esta, centros de análisis y pensamiento como think tanks— hayan tenido en ciertas etapas mayor protagonismo y reconocimiento que los departamentos universitarios.

3. UN RECORRIDO POR LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS EN DIÁLOGO CON LA SEGURIDAD

Las disquisiciones sobre la relevancia práctica, el sentido de la estrategia o las críticas recibidas desde otros campos han originado un prolija literatura que se ha interrogado sobre el desarrollo y porvenir de los Estudios Estratégicos (Bull, 1968; Gray, 1982; Walt, 1991; Betts, 1997, 2000; Strachan, 2005; Freedman, 2013; Gray, 2013; Taillat, Henrotin & Schmitt, 2015; Duyvesteyn & Michaels, 2016; Vennesson, 2017; Duyvesteyn & Worral, 2017; Galbreath & Deni, 2018; Vennesson, 2019; Baylis, Wirtz & Johnson, 2022). Sin embargo, una aproximación sistemática a su evolución ha sido una tarea pendiente (Buzan y Hansen, 2009, 60). La obra de Barry Buzan y Lene Hansen (2009), *The Evolution of International Security Studies*, representa la propuesta más completa, ambiciosa y original hasta el momento por trazar la historia intelectual de los estudios internacionales de seguridad, donde se integran los Estudios Estratégicos. Su carácter pionero es achacado por los propios autores a una identidad disciplinar contestada —como se detalla en el epígrafe siguiente— (Buzan y Hansen, 2009, IX). Su referencia en la comunidad científica¹ o su utilización para analizar otros campos de estudios (Van Puyvelde *et al.*, 2020) atestiguan su impacto en la academia internacional.

Su análisis dedica a los Estudios Estratégicos una atención destacada; de hecho, reconstruyen los estadios iniciales de la historia de los estudios de segu-

¹ Citado más de 2.000 veces, según los registros de Google Scholar cuando se escriben estas líneas.

ridad internacionales a partir de la réplica —en contraposición, complemento o crítica— que otros subcampos dan a aquellos². En cierto modo, serían una plantilla que ha marcado el recorrido de todo el campo durante siete décadas. Buzan y Hansen, desde un enfoque histórico de investigación, explican de manera holística el recorrido de las ideas, agendas de investigación e instituciones académicas de los Estudios Estratégicos desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la primera década del siglo XXI.

Lo hacen a partir de un modelo de cinco fuerzas motrices que interaccionan y moldean los Estudios. La explicación de su evolución es útil para el objetivo de este capítulo porque aporta elementos clave constitutivos en función de esas cinco fuerzas motrices. A saber: la política de las grandes potencias, el papel de la tecnología, el impacto de determinados acontecimientos, los debates académicos y las dinámicas de institucionalización disciplinar. Se deduce que las cuatro primeras componen su agenda de investigación *lato sensu*, mientras que la última explica su institucionalización.

Este constructo teórico se ancla al concepto de seguridad y a la respuesta que las distintas escuelas dan a cuatro preguntas esenciales, que cumplen una función hermenéutica: la primera pregunta interpela al objeto asegurado y, en particular, discute si es la seguridad del Estado la que se quiere garantizar, bien en términos de seguridad nacional o bien de seguridad internacional; la segunda interroga por las amenazas, internas y externas, que desafían esa seguridad; la tercera se pregunta por la concreción de la seguridad en torno a las capacidades para el control, amenaza y uso de la fuerza militar —lógicamente se incluyen también capacidades no militares con impacto potencial en la fuerza: vigor económico, estabilidad gubernamental, grado de desarrollo científico y tecnológico, etc.—, o por su posible ampliación hacia otros sectores no militares; la última pregunta indaga acerca de los vínculos entre seguridad, de un lado, y las dinámicas de amenaza, peligro y urgencia planteadas por oponentes, de otro.

² Para Buzan y Hansen, los Estudios de Seguridad Internacional se componen de once subcampos (2009, 35-37): constructivismo, tanto en su aproximación convencional como crítica; Escuela de Copenhague; Estudios Críticos de Seguridad; Estudios Feministas de Seguridad; Seguridad Humana; Investigación para la Paz; Estudios de Seguridad Poscoloniales; Estudios Post-Estructuralistas; Estudios Estratégicos; y (Neo)Realismo. La diferencia que establecen entre estos dos últimos se basa en que los Estratégicos presentarían una visión más constreñida al sector militar y al empleo de la fuerza, mientras que el Neorrealismo movería el foco hacia el sector militar-político; asimismo, mientras que aquellos abordarían su tarea desde una epistemología positivista basada en el empirismo y los modelos formales —desde una óptica objetiva de la seguridad—, el Neorrealismo se apoyaría en una epistemología más racionalista.

Según la historia intelectual explicada, los Estudios Estratégicos fueron el primer campo en configurarse en los estudios internacionales de seguridad. En su opinión, los Estudios Estratégicos responden a las cuatro preguntas hermenéuticas en torno al concepto de seguridad desde una perspectiva tradicional (Buzan y Hansen, 2009, 37-38), donde los objetos preferentes de la seguridad son el Estado y las amenazas externas que sufre; en la respuesta están involucrados el sector militar y el uso —control o amenaza— de la fuerza, así como adoptan un enfoque, en lo fundamental, teóricamente realista y epistemológicamente positivista. Asimismo, la literatura de los Estudios Estratégicos puede ser explicada por completo a través de diversos «conceptos complementarios» como los de «disuasión», «contención» o «estrategia», esenciales para el subcampo. En conclusión, entienden los Estudios Estratégicos como (*ibid.*, 37):

La literatura clásica y tradicionalista que define la materia en términos político-militares y se centra en la dinámica militar. Esto incluye sus propias subliteraturas, como las de guerra, proliferación nuclear, teoría de la disuasión, carrera de armamentos, control de armamentos, etc. Un enfoque fuertemente materialista con una tendencia a adoptar una posición normativa centrada en el estado [...].

En cierto modo, los relegan a ser el ala técnico militar de las Relaciones Internacionales, dada su interpretación estado-céntrica, tradicional y realista de los Estudios Estratégicos. No obstante, conceden que esa visión tiene implicaciones interesantes y potencialmente más vastas que las concedidas por otras escuelas: el estudio de la guerra y de las formas en las que el poder es desplegado también supone examinar los cimientos y fundamentos del poder militar —ergo, las estructuras sociopolíticas y económicas de los Estados—, así como las causas de los conflictos y las dinámicas de interacción entre fuerzas armadas rivales. Este reconocimiento último, desde fuera de los propios Estudios Estratégicos, supone un respaldo legitimador al aporte genuino del campo.

3.1. Las cuatro etapas de los Estudios Estratégicos

Estos autores sitúan la fundación de los Estudios Estratégicos al albur de la revolución político-tecnológico que implicó el armamento nuclear. Estos se dirigieron al examen de la fuerza en las relaciones internacionales, desmarcándose así de las Relaciones Internacional «clásicas» y convirtiéndolos en campo fundador y, bajo su criterio, hegemónico. Establecen cuatro grandes periodos

en su evolución (Buzan y Hansen, 2009, 66-100, 104-118, 156-186, 226-243): 1) el inicio de la Guerra Fría, donde los Estudios Estratégicos habrían sido efectivamente hegemónicos en el área; 2) la segunda mitad de la Guerra Fría, cuando ya nuevos subcampos desafiaron sus presupuestos; 3) la década de los años noventa, con la adaptación de los Estudios Estratégicos a la posguerra Fría; y 4) el desafío originado por los atentados del 11-S contra Estados Unidos y cómo se respondió a este acontecimiento.

Así, tras la Segunda Guerra Mundial habría surgido en Estados Unidos una «categoría de trabajo» (Buzan y Hansen, 2009, 66) marcada por la experiencia de la guerra y la posguerra, y su preocupación por la seguridad. El inmenso poder desplegado con el arma nuclear y la creciente rivalidad entre los dos grandes bloques, capitalista y comunista, liderados por la nación norteamericana y por la Unión Soviética respectivamente, concitaron un enorme interés en torno al que sería el gran reto de las siguientes décadas: la amenaza de enfrentamiento nuclear entre ambas potencias. Se inició así un periodo formativo que a la postre consolidaría la institucionalización del campo de los Estudios Estratégicos, principalmente en la academia estadounidense —con desarrollos conectados o paralelos en Reino Unido y, en menor medida, en Francia—, durante la Guerra Fría. La agenda de investigación fue definida «extensamente en términos militares en torno a las armas de destrucción masiva y la URSS suponía una grave amenaza militar e ideológica para el oeste» (*ibid.*, 2).

La consolidación de la rivalidad bipolar dio paso durante los años cincuenta a la que se denominó la «edad de oro» de los Estudios Estratégicos. La carrera armamentística iniciada, con un delicado equilibrio entre la estabilidad del sistema y el alto dinamismo de la tecnología nuclear, (r)evoluciona la estrategia tecnológico-militar. Dicho proceso incentivó el afianzamiento del complejo militar-industrial, que también se convirtió en tema de análisis por sí mismo —tras la preocupación por la eventual creación de un *garrison state*—. Igualmente dio lugar al desarrollo de la teoría de la disuasión, así como a conceptos derivados como la «disuasión extendida» o la «respuesta flexible». Estas teorías estimularon una potente corriente de investigación en torno a la racionalidad de los actores, desarrollando teorías del comportamiento y de juegos.

El vigor de los debates académicos de los Estudios Estratégicos fluctuó: hubo etapas de menor vigor desde mediados de los años sesenta y durante la década de los setenta, para volver a crecer ya en los ochenta a causa del «reca-

lentamiento» de la Guerra Fría. En cualquier caso, la apuesta de los Estudios Estratégicos por el método científico —con una clara tendencia empirista y cuantitativista— favoreció su absorción en parte por las Relaciones Internacionales. En Europa, sin embargo, los elementos que marcaron sus inicios fueron historiográficos —muy importante en la escuela británica— y normativos. No obstante, más sustantivo aún que esa fuerza motriz fue el proceso de institucionalización, con un decisivo impulso desde centros de investigación y think-tanks —es decir, con un pretendido vínculo con el ámbito de la elaboración de políticas públicas—, que no por áreas especializadas de la academia.

La atención a otros acontecimientos fue desigual: mientras que la crisis de los misiles de Cuba fue ampliamente estudiada, otras crisis en Oriente Medio o en Vietnam tuvieron un más tenue reflejo en el campo. Por otro lado, muchos de los problemas en el Tercer Mundo no fueron comprendidos como de interés y/o significación para el subcampo, pero sí interpretados por campos como la Investigación para la Paz y el Control de Armamentos —este último a caballo entre aquélla y los Estudios Estratégicos—. La corriente intelectual del Control de Armamentos (*Arms Control*) cuestionó los Estudios Estratégicos en términos morales, políticos e históricos, así como criticó las teorías de la disuasión y la estrategia. Sin embargo, mantuvo un pie en los Estratégicos dado que su visión era relevante para las grandes potencias como instrumento de control armamentístico hacia terceros países. De hecho, los factores de desarrollo de esta escuela siguen muy de cerca los de los Estudios Estratégicos, manteniendo orientaciones más cuantitativista-positivas —especialmente en la academia estadounidense— y normativistas.

Con la caída simbólica y material del Muro de Berlín, aparecieron nuevos desafíos que los Estudios Estratégicos «no fueron capaces de enfrentar» por su concentración en el poder militar nuclear y en la amenaza de la Unión Soviética durante las cuatro décadas anteriores, en opinión de Buzan y Hansen (2009, 187). Su foco en torno al empleo de la fuerza se había hecho más impreciso de forma paulatina para estudiar los nuevos fenómenos. Ese «meta-evento» aceleraría la ampliación y profundización de los debates en torno al concepto de seguridad. En efecto, el intervencionismo occidental, los conflictos intraestatales, los nuevos riesgos, etc., espolearon la configuración de nuevos subcampos que ganaron reconocimiento y espacio dentro de la academia. Mientras, la agenda de los Estudios Estratégicos se iría quedando atrás por ser «inadecuada, contestada y haber avanzado sin mucha reflexión conceptual» (*ibid.*, 9).

Esta precaria condición se alteraría a causa de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y el inmediato inicio de la «Guerra contra el Terrorismo», que les volvió a otorgar mayor visibilidad. El 11-S es una referencia temporal a la par que otro meta-evento que remodeló la agenda. Su impacto afectó tanto a aquellos que propugnaban una investigación más allá de la seguridad militar estado-céntrica como a los tradicionalistas —identificados como los académicos de los Estudios Estratégicos—, quienes se vieron obligados a mover su enfoque desde la guerra entre Estados a las relaciones entre Estados y actores no estatales. El terrorismo, que hasta entonces había sido tratado de forma periférica, pasó a ser una preocupación central. Otra consecuencia fue el alto grado de intervención en los debates sobre políticas públicas de los académicos —aunque no sólo desde los Estudios Estratégicos—. También estimularon en gran medida nuevas publicaciones, líneas de financiación y publicación, programas de estudio... En definitiva, se trató de un acontecimiento con fuerte impacto directo y efecto de arrastre sobre otras fuerzas motrices. Igualmente produjo que la seguridad militar volviera a conseguir mayor presencia.

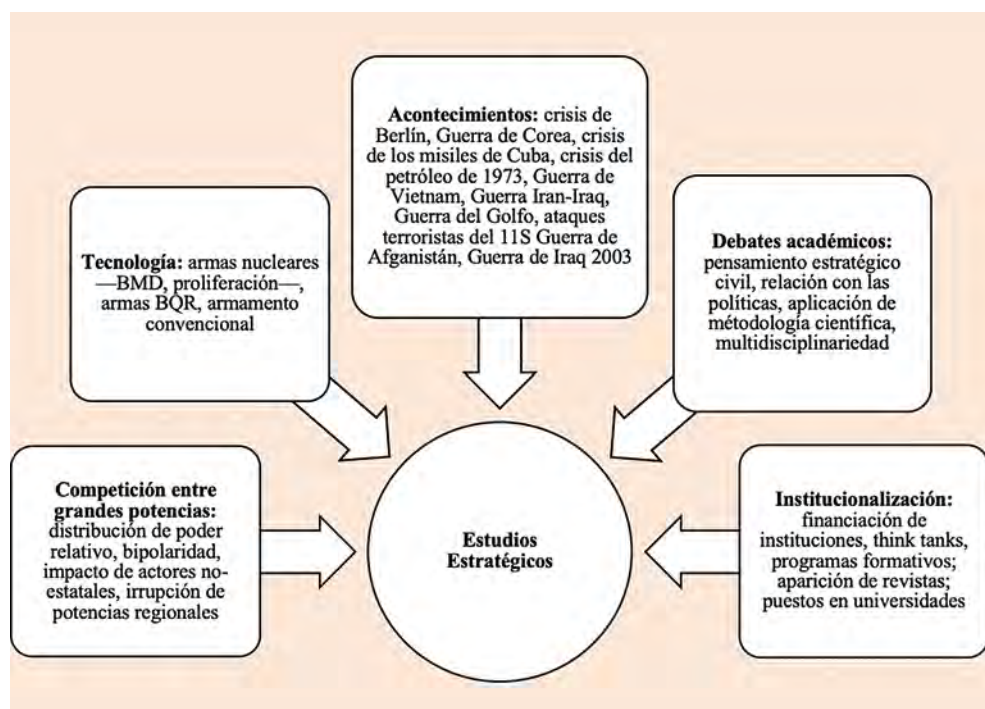
Para los Estudios Estratégicos, este problema vendría a demostrar «la verdad perenne» de que la ausencia de conflicto internacional no eliminaba las tensiones de un sistema internacional por naturaleza anárquico (*ibid.*, 229). Provocó que realistas estratégicos y neorrealistas prestaran atención una vez más a la racionalidad de los actores, con énfasis en los no-estatales. Se retomó el uso de la fuerza como tema central en el marco de la «Guerra contra el Terror», la naturaleza, transformación y la conducción de la guerra (*warfighting*).

Muy vinculada a estas dinámicas, el auge del interés por la insurgencia y por la respuesta gubernamental: la contrainsurgencia. Las guerras de Afganistán e Irak fueron, sin duda, los dos conflictos con mayor presencia en la literatura. En esos años también galvanizaría la idea de las llamadas «nuevas guerras». No obstante, afirman que se produjo una discusión entre los académicos acerca de si las secuelas de los ataques contra Estados Unidos fueron revolucionarias o únicamente la continuación de viejos paradigmas; si fue un tema transitorio hasta la vuelta de la competición entre grandes potencias o definió una nueva era estratégica.

Sin embargo, admiten que los Estudios Estratégicos no se vieron completamente atrapados por estos asuntos desencadenados por los ataques terroristas del 11-S, sino que mantuvieron la continuidad con respecto a otros temas, como el estudio de las causas de la guerra, la seguridad regional, el ascenso de China

como potencia, las relaciones transatlánticas —en cuestiones militares, como la (su)pervivencia de la OTAN—, las estrategias de seguridad nacional (*grand strategy*) de Estados Unidos, las capacidades político-militares de la Unión Europea o el empleo de la tecnología militar —en especial, armas de destrucción masiva por parte por actores no estatales u otros estados, como Irán o Corea del Norte—.

Más allá de las relevantes críticas que determinadas partes de esta explicación haya ameritado (v. gr.: Miller, 2010) o los abundantes matices que le suponen las afirmaciones teóricas consideradas en el epígrafe 2, esta evolución permite reconstruir los factores motrices y los elementos primordiales (Figura 2) en torno a los que estructurar un debate rico en torno a sus fundamentos ontológicos, epistemológicos, metodológicos, su contexto y condicionantes institucionales, donde queda demostrado que el estudio de la transformación del conflicto bélico y las estrategias de los actores son base de su indagación científica.



Fuente: Elaboración propia a partir de Buzan y Hansen (2009, 98).

Figura 2. Fuerzas motrices y elementos de los Estudios Estratégicos.

4. PARA UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA REVIGORIZADA

Delimitar el objeto de estudio de los Estudios Estratégicos, y con ello una agenda de investigación provechosa, más allá de su definición hermenéutica y los debates en torno a conceptos constituyentes no resulta sencillo. Su cuestionada posición en la academia, las presiones ejercidas para que amplíe una supuesta agenda demasiado estrecha y poco relevante (Baylis & Wirtz, 2018, 12), o su afán por influir en la arena de las políticas y a la vez mantener un enfoque intelectual unificado y congruente hacia la estrategia (Lonsdale, 2016), lo obstaculizan.

Si bien, ha quedado demostrado que el determinismo y la estrechez tecnológica-militar achacado es erróneo a fuer de insuficiente, por más que la utilización de la tecnología militar sea un tema relevante. En consecuencia, necesariamente complejo su objeto de estudio, la invitación a la multidisciplinariedad estás servida. Una multidisciplinariedad compartida con el Estudio de la Guerra (Schmitt, 2018, 20) y que contradice, por ende, la idea de que los Estudios Estratégicos están limitados por las perspectivas militares tradicionales (Vennesson, 2017).

De manera paradójica, este problema para su acomodo estriba en una fortaleza: la interdisciplinar porosidad de sus bordes, rasgo que ha sido destacado por Beier & Arnold (2005). Por su naturaleza, los Estudios Estratégicos han recibido aportaciones desde diversas disciplinas: la Historia, sobre todo la Militar, para extraer lecciones estratégicas de conflictos; la Economía, para cuestiones presupuestarias; las Ciencias Exactas, en su parte más empírica; también desde la Sociología, profundizando en las relaciones civiles-militares; el Derecho Internacional, en los usos legítimos del empleo de la fuerza; y, por supuesto, las Relaciones Internacionales y la Ciencia Política —que en buena medida han acabado reteniendo el campo—, sobre políticas de defensa, planeamiento, etc. Tampoco se pueden soslayar los estrechos vínculos, solapados en algunas áreas, de los Estudios Estratégicos con el campo de trabajo de Fuerzas Armadas y Sociedad —fundado por Harries-Jenkies y Moskos (1984)— o los ya mencionados Estudios de la Guerra; éstos, en concreto, mantienen un denodado interés por el análisis de las políticas y el *warfare*, así como por la investigación sobre la guerra para la preparación de la política de defensa (Schmitt, 2018, 25). En cuanto que su efectiva consolidación académica ha venido de la mano

de las Ciencias Sociales y de los Estudios de Seguridad Internacional, ninguna disciplina ha podido reivindicarlos como genuinamente suyos.

Ello depende mucho de la tradición institucional de cada comunidad académica nacional, así como de su propia autonomía disciplinar o, por el contrario, su incardinación en campos superiores. Como asegura Hashim (2019, p. 83), más problemático que la definición de la estrategia puede ser el encaje de los Estudios Estratégicos en las Relaciones Internacionales y en los estudios internacionales de seguridad. En muchas ocasiones no hay reconocimiento mutuo ante un campo con tales pretensiones interdisciplinarias.

Por tanto, con el fin de rehuir esas tensiones académicas, una fuente provechosa para impulsar una agenda de investigación puede encontrarse en el contenido de los manuales dedicados a los Estudios Estratégicos, donde se pueden destacar los publicados por Mahnken & Maiolo (2008), Taillat, Henrotin & Schmitt (2015), Baylis, Wirtz & Johnson (2018), Galbreath & Deni (2018) —este sobre Estudios de Defensa, pero con sinergias evidentes— y Lonsdale & Kane (2019). A ese particular, el resultado del análisis efectuado justifica igualmente plantear conjuntamente, en suerte de metonimia, los Estudios Estratégicos y los Estudios de Defensa; un campo único de estudio en virtud del estrechísimo vínculo que mantienen dada la cercanía de sus temas de indagación, en esa convergencia entre la guerra, la política y, entonces, la reflexión estratégica. Si bien, los Estudios de Defensa no poseen un espacio académico distintivo en cuanto que se refieren principalmente al área de políticas públicas militares y de defensa. Su entrelazamiento hace intercambiables su denominación y, como consecuencia derivada, la referencia a la comunidad estratégica o de defensa.

Por tanto, la agenda de investigación se construye a partir de estos parámetros. Los contenidos de los manuales académicos internacionales, sintetizados por claridad expositiva, se recogen en la Tabla 2. En todos ellos hay ciertos temas recurrentes, como teoría estratégica —ciencia de la estrategia, poder político-militar y estrategia, prácticas y doctrinas estratégicas, etc.—, dominios del poder militar, irregular warfare, uso de inteligencia, política y planeamiento de defensa, cultura estratégica, etc. Resulta poderosamente icónico cómo, en otro libro, Colin S. Gray (2011) establece «Carl von Clausewitz» como un tema de los Estudios Estratégicos por derecho propio. Asimismo, y aunque no se haya reflejado expresamente en la tabla, en todos ellos hay espacio para la discusión acerca del futuro de la estrategia y del conflicto armado: la transformación de la guerra como tema genuino de los Estudios Estratégicos.